
Problemas en torno a la formación del mercado de fuerza de trabajo agrícola: Buenos Aires, 1895-1904

Pablo Volkind y Ana Laura Sofia

Introducción

El desarrollo y consolidación del capitalismo en los países centrales se desplegó fundamentalmente en el ámbito urbano, donde la industria moderna operó como el núcleo dinamizador de la acumulación y capitalización de la burguesía, en línea con el incremento a niveles desconocidos hasta entonces de la demanda de fuerza de trabajo asalariada en la actividad fabril. Si bien las transformaciones en el mundo rural jugaron un papel fundamental e imprescindible en estos procesos, podría considerarse que el papel del agro resultó decisivo más como soporte y estímulo del sistema manufacturero, “que como principal teatro de operaciones y epicentro del nuevo modo de producción” (Azcuy Ameghino, 2011:33).

En Argentina, por el contrario, el avance del capitalismo presentó un derrotero particular en función de la centralidad que tuvo la producción agropecuaria para exportación, fenómeno coincidente en el tiempo con la plena incorporación de nuestro país -en amplitud y profundidad- al mercado mundial contemporáneo, y con las transformaciones que en algunas naciones conducirían al capitalismo de libre concurrencia al surgimiento de los monopolios y el imperialismo moderno.¹

En esta perspectiva, comprender las características particulares que adquirió el desarrollo de este régimen de producción requiere enfocar y analizar -entre otros aspectos centrales- las modalidades que asumieron la formación y funcionamiento del mercado de fuerza de trabajo en las zonas rurales, simultáneamente y como parte de uno más amplio de

1 En este sentido, se planteaba que “a diferencia del modelo clásico de desarrollo del capitalismo, en el cual las actividades industriales son las destinadas a adquirir centralidad económica, el caso argentino se distingue porque la esfera significativa está dada por la expansión de la actividad agropecuaria en su vinculación con el mercado mundial” (Blanc Bloquel, Bonaudo, Sonzogni, y Yensina; 1986-87: 272). Sobre esta problemática ver también (Murmis, 1974; Oszlak, 1997: 195).

fuerza de trabajo a escala nacional.² En este escrito, la atención se concentra en la actividad agrícola dado que es allí donde se desplegó en forma más plena -cualitativa y cuantitativamente- la relación laboral basada en la compraventa de fuerza de trabajo. Lo cual no implica desconocer el peso económico fundamental de la producción ganadera -que fue el otro pilar de la etapa agroexportadora-, ni el avance del capitalismo en su seno,³ sino priorizar el espacio social donde se expresó con mayor nitidez la libertad imprescindible que requería una parte de la fuerza de trabajo puesta en movimiento.

De este modo, en el trabajo nos focalizamos en el estudio de los obreros agrícolas bonaerenses, mayoritariamente estacionales, por constituir éstos el contingente más numeroso y perfilado del proletariado rural durante este período.⁴ Si bien la formación de dicho mercado debe ser analizada como un proceso único que involucra a la totalidad del territorio nacional (o por lo menos de la región pampeana) y donde la demanda urbana y rural estaban estrechamente vinculadas, se pueden analizar algunas particularidades del desarrollo bonaerense.⁵ Por ese motivo, la indagación se circunscribe a la provincia de Buenos Aires, distrito que se transformó en el área con mayor superficie sembrada con trigo y maíz, entre fines del siglo XIX y los inicios de la Primera Guerra Mundial. En este proceso, indisolublemente asociado con la expansión agrícola bonaerense que se desarrollaba a ojos vista de los protagonistas, pueden identificarse dos momentos: el primero se extiende desde mediados de la década de 1890 hasta 1904 y abarca los años de formación de ese proletariado agrícola bonaerense mientras que el segundo -que se extiende los diez años posteriores hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial- se

2 En este sentido, el desarrollo del capitalismo requiere como una de sus condiciones básicas la existencia de una mano de obra libre a escala social. Dicha libertad debe entenderse "en un doble sentido: libre de las viejas relaciones de clientela, servidumbre y dependencia, y libre también de todos sus bienes, libre de toda propiedad, y por lo tanto, obligada a vender su capacidad de trabajo" (Marx, 1985: 363).

3 A pesar de ello, tenemos en cuenta que por lo general, más que el asalariado puramente agrícola, el peón de estancia tendía todavía a estar "unido al propietario por relaciones semipaternalistas". Ver Pucciarelli, 1986: 276.

4 Del universo conformado por los obreros dedicados al cultivo, transporte y comercialización de granos: braceros, hombreadores, estibadores, parveros y peones de carro, la indagación se centra alrededor de los trabajadores que desarrollaban sus labores "tranqueras adentro" y desplegaban sus actividades en la esfera específica de la producción agrícola.

5 Sobre esta problemática ver el documentado trabajo de Ascolani, 1998; Blanc Bloquel, Bonaudo, Sonzogni y Yensina, 1986-87; Sabato y Romero, 1992. Para otras provincias ver Richard-Jorba, 2001; Campi, 2002; Viel Moreira, 2005.

caracteriza por un vertiginoso crecimiento.⁶ En este trabajo, se analiza el derrotero de los obreros rurales durante la primera etapa.

Los inicios del mercado de fuerza de trabajo agrícola bonaerense

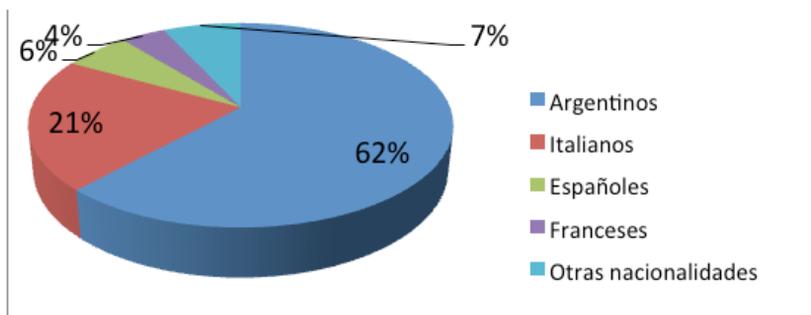
La formación del mercado de fuerza de trabajo asalariada rural, cuyos primeros pasos ya eran visibles desde mediados del siglo XIX (Sábato y Romero, 1992), estuvo estrechamente asociada al incremento de la demanda generado por la expansión agrícola. Este incremento se tradujo en un aumento de la demanda de brazos para las diversas labores como la preparación del suelo, la siembra, el cuidado de los cultivos y, en especial, la cosecha. Estos trabajadores, durante esta primera etapa del auge agrícola, provenían fundamentalmente de dos afluentes: la población de los pueblos y parajes de los partidos bonaerenses y de la ciudad de Buenos Aires, a la cual arribaban anualmente miles de europeos. En menor medida -tal como sucedía desde el período colonial- acudían también pobladores de otras provincias, e inmigrantes transoceánicos transitorios denominados "golondrinas".

En este sentido, el análisis de las cédulas censales de población del Segundo Censo Nacional de 1895 en los partidos de Pergamino y Tres Arroyos indica que más de la mitad de los jornaleros rurales eran de nacionalidad argentina (62% en el primer caso y 53% en el segundo), y que en su mayoría habían nacido en la provincia de Buenos Aires. De la escasa proporción de jornaleros nacidos en otras provincias, en Pergamino predominaban los procedentes de Santa Fe y Córdoba, mientras en Tres Arroyos los que se desplazaban desde Santiago del Estero; lo cual indicaría -a su vez- que las migraciones interregionales no habían alcanzado todavía una magnitud relevante. Si bien el relevamiento se realizó en los primeros días del mes de mayo -tras finalizar la cosecha de trigo-, permite vislumbrar que en los años iniciales de la expansión agrícola el peso de la mano de obra local era muy relevante (Volkind y Gon Aguirre, 2013:195-216). Para esta fecha, en la Ciudad de Buenos Aires se registraron 663.854 habitantes, de los cuales el 48% eran argentinos y el 52% extranjeros, mientras que en los partidos de la provincia la proporción se

6 Para una descripción precisa y detallada de las diversas tareas vinculadas a la actividad agrícola a lo largo de este período ver Ansaldi, 1993; Volkind, 2011.

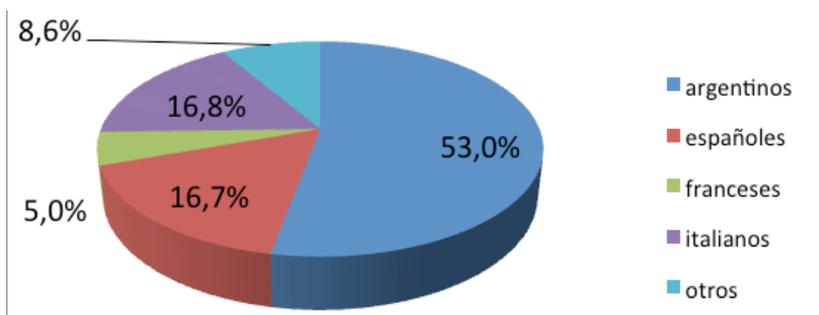
modificaba y la población nacional superaba a la extranjera así como la rural a la urbana.

Gráfico 1. Población que se ocupaba como jornalera según nacionalidad, Pergamino 1895 (en %)



Fuente: Elaboración propia en base a Cédulas de población del Segundo Censo Nacional, 1895. Archivo General de la Nación, Legajos 801, 802 y 803.

Gráfico 2. Población que se ocupaba como jornalera según nacionalidad, Tres Arroyos 1895 (en %)



Fuente: Elaboración propia en base a Cédulas de población del Segundo Censo Nacional, 1895. Archivo General de la Nación, Legajo 848.

En muchos casos se trataba de trabajadores que combinaban la esquila de las ovejas (durante los meses de octubre, noviembre y diciembre) con la posterior cosecha de trigo (diciembre, enero y febrero) y maíz (marzo, abril, mayo), o realizaban trabajos transitorios en las ciudades como el tendido de vías férreas, las obras públicas o la construcción.

Mientras que en estos distritos la principal actividad productiva giraba en torno a la ganadería ovina (hasta fines de siglo), las tareas agropecuarias tuvieron una fuerte estacionalidad centrándose en la primavera, por la esquila ovina y la marcación de los vacunos. Para esquila los casi 3 millones de animales en la unidad norte y 6 millones en la unidad sur se requería contratar temporariamente alrededor de 1250 personas –en un caso- y 2500 en el otro, que trabajaban aproximadamente durante 2 o 3 meses. Con el correr de los años y producto de los nuevos usos dados a la tierra, esta cifra fue disminuyendo *pari pasu* el área sembrada iba desplazando a los ovinos.⁷

Con el desarrollo agrícola, la diferencia entre los períodos vegetativos del maíz con respecto a los del trigo y el lino contribuyó a diversificar la estacionalidad de la demanda laboral, y en cierta medida fue atenuando sus desniveles en relación con lo que sucedía hasta comienzos de la década de 1890.⁸ Se crearon nuevos picos de actividad en otoño e invierno para las tareas de labranza de granos finos, una demanda estival para la cosecha fina y, sobre todo, el gran pico de otoño para la recolección manual de maíz en el norte bonaerense. En el sur, el momento de mayor demanda de fuerza de trabajo se concentró en los meses de verano.

En este sentido, es preciso tener presente cuál era el calendario de las diversas tareas agropecuarias que demandaban fuerza de trabajo asalariada y que podían permitir la combinación entre distintas labores pero también la superposición en el tiempo de diversas actividades. A su vez, con el correr de los años y el crecimiento de la producción agrícola y ganadera, una proporción de la fuerza de trabajo se fue especializando en determinadas actividades. Esta rotación de tareas se evidenciaba en varias provincias. Así, por ejemplo, en Santa Fe luego de la finalización de la trilla del trigo y el lino la gente quedaba desocupada. Eso estimulaba su desplazamiento hacia los departamentos del sur, donde predominaba el cultivo maicero, para ocuparse en el arranque de la juntada y desgranada.⁹ Sin embargo, las transiciones entre una labor y otra no siempre fueron armoniosas. No todos los jornaleros lograban conseguir ocupaciones sucesivas, a veces podían transcurrir días y hasta semanas de ocio forzado. En esos períodos, los asalariados se consumían los restos de los

7 Siguiendo los estudios de Hilda Sábado se tomó como parámetro para el cálculo que la temporada de un hombre se extendía por 70 días (de octubre a principios de enero según la zona), y esquilaba aproximadamente 40 ovejas por jornada (Sábado, 1989: 104).

8 Sobre la rotación entre diversas labores agrícolas en la provincia de Santa Fe ver "El Trabajo en Santa Fe. Interesante Informe". La Prensa, 18 de enero de 1904, p. 6.

9 "El trabajo rural en Santa Fe". *La Agricultura*, N° 577, 7/4/1904, p. 120.

jornales abonados (contraían deudas si eran tan afortunados que algún mercachifle les fiara) y sufrían la apremiante necesidad de vender a como diera lugar nuevamente su fuerza de trabajo para adquirir las mercancías imprescindibles para sobrevivir.

Atendiendo a las características del funcionamiento del mercado de trabajo agrícola, existían diversas formas y mecanismos para procurar ocupación en las distintas faenas. Así, por ejemplo, los que se desplazaban desde las grandes ciudades del litoral podían inscribirse en una agencia privada de colocación, la que tomaba a su cargo la tarea de conseguir conchabo a las personas que contrataban sus servicios. Estas empresas se valían para ello de distintos medios, como la publicación de avisos clasificados en los diarios donde, por ejemplo, se ofrecían “500 peones italianos del norte, prácticos para las cosechas y trilla [...] Brazos garantizados, chacareros pueden tomar cuadrilla anticipadamente dándoles comida solamente. Oficina Central, Lavalle 621”.¹⁰ A cambio de estas prestaciones, las agencias cobraban a los obreros elevados porcentajes de sus salarios y en infinidad de casos ofrecían condiciones laborales que luego no se cumplían.¹¹

La forma de contratación de los trabajadores más calificados -requeridos para la cosecha- no funcionaba exactamente igual, ya que se puede advertir una tendencia hacia la segmentación de los mercados que se reflejaba de diversas maneras. De este modo podían encontrarse avisos mediante los cuales, por ejemplo, los mismos maquinistas diplomados y con experiencia se ofrecían para trabajos en la trilla, solos o “con su peonada”, lo que podía garantizar un trabajo más eficaz por la disciplina y el conocimiento que ya existía entre los trabajadores que debían operar las costosas y complejas trilladoras.¹² Pero también existían casos donde las agencias privadas de colocación ofertaban servicios especializados a través de los medios de comunicación: “maquinistas para trilladoras, competentes con certificado de las últimas campañas hechas. Foguistas, capataces, galponeros y peones”.¹³

En definitiva, existían distintas vías para obtener ocupación en las cosechas, las que dependían no sólo de la ubicación geográfica de los trabajadores sino también de sus calificaciones. En el caso particular de

10 La Nación, Buenos Aires, 7/12/1895, p. 1. Ver también *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 4/3/1904.

11 La Vanguardia, 24/10/1903; La Vanguardia, 13/02/1904; La Protesta, 28/9/1904.

12 La Nación, 1/11/1897, p. 1, *La Nueva Provincia*, 4/3/1904; La Nación, 7/11/1897, p. 1; La Nación, 6/12/1897, p. 1.

13 La Nación, 7/11/1897, p. 1.

los maquinistas, por el papel que cumplían en la trilla, era común que –al igual que en la actualidad– los dueños de las trilladoras los contrataran a partir de un cierto conocimiento previo. Los obreros que desarrollaban esta tarea podían llegar a entablar una relación más estrecha con el propietario de este medio de producción, quien depositaba en las manos del asalariado una costosa inversión. Además, era fundamental que el maquinista llevara adelante ciertas labores diferenciales, entre las que se destacaban arrancar a trabajar antes que el resto del grupo para poner a punto la trilladora (limpiarla, ajustar todos sus componentes y colocarle aceite); tarea que también debía realizarse una vez finalizada la campaña. A su vez, los maquinistas funcionaban en los hechos como el “jefe” de la cuadrilla que llevaba adelante la trilla, lo cual tenía su correlato en el salario que percibía.¹⁴ Esta situación los distinguía del resto de los trabajadores transitorios, que podían ser contratados en la fonda o boliche del pueblo –a donde solían dirigirse los recién llegados–, en las estaciones de ferrocarril o directamente en las chacras.

Tanto para las tareas más calificadas como para aquellas que requerían menos conocimientos, se requería un volumen significativo de asalariados en un período relativamente breve. En función de esta problemática, el Estado nacional buscó garantizar la provisión de brazos para la cosecha a través de una serie de medidas que estimularan el arribo de inmigrantes al país. Sin embargo, hasta los primeros años del siglo XX, dichas medidas tuvieron escasa efectividad.¹⁵ La gran mayoría de los europeos que se trasladaron al país lo hicieron por sus propios medios. Algunas publicaciones estimaban que en los primeros años del siglo XX, ingresaban desde noviembre unos 30.000 inmigrantes, llamados *golondrinas*, para levantar las cosechas. De ese número, se consideraba que un 20% (unos 6.000 jornaleros) se quedaba buscando desarrollar sus vidas en estas tierras.¹⁶ Sin embargo, –a diferencia de lo que sucederá a mediados

14 “El maquinista es el jefe de la cuadrilla y de la organización y de la obediencia de ésta depende la marcha del trabajo” (Conti, 1917: 79).

15 Al respecto Fernando Devoto plantea que “por mucho que se haya enfatizado en la Argentina el papel de las políticas del Estado para atraer inmigrantes en este período, ellas ocupaban un lugar limitado [...] Era la economía la que brindaba el principal incentivo para emigrar a la Argentina y no el Estado. Pongamos un ejemplo, aunque se ofrecía a los recién llegados un conjunto de servicios, en el marco del Hotel de Inmigrantes, debe recordarse que algo más de la mitad de los recién llegados no se alojaba en él, sino que eran recibidos en el puerto o se dirigían inmediatamente a casas de amigos y parientes (Devoto, 2004: 250).

16 La Prensa, 1/1/1904, p. 21; “La inmigración en las cosechas”. La Agricultura, N° 511, 13/11/1902, p. 812.

de la década de 1900- esta primera etapa de la expansión agrícola (1895-1904) no estuvo caracterizada por el papel protagónico de obreros *golondrinas* (aquellos que viajaban sólo por 6 meses y luego retornaban al Viejo Mundo) sino que la mayor proporción de los jornaleros que participaban en las cosechas residían en el país. En este sentido, desde diversas publicaciones se argumentaba que la mayoría de los inmigrantes que se desplazaban en tercera clase desde Europa venían por un período de tiempo más prolongado -alrededor de 5 años-, dado que no resultaba redituable en términos económicos regresar a los seis meses a su país de origen.¹⁷ En este sentido, Fernando Devoto plantea que “los casos de inmigrantes que venían para levantar una sola cosecha no deben haber sido numerosos (ya que los pasajes marítimos internacionales luego de bajar hacia fines del siglo XIX habían vuelto a subir a principios del XX). Más común era el caso de aquellos que hacían alternativamente trabajos rurales en la época de la cosecha y trabajos urbanos en las otras. Así la experiencia podía durar más de un año y más de una cosecha. Por supuesto que no todos, ni siquiera la mayoría, de los peones y jornaleros eran inmigrantes ‘golondrinas’” (Devoto, 2006: 267).

Sin perjuicio de los modestos resultados alcanzados en la atracción de inmigrantes a nuestro país, el Estado también dispuso de una serie de mecanismos para distribuir en las zonas rurales a la población recién arribada con el objeto de efectuar en tiempo y forma la recolección de los cultivos. Esta tarea resultaba de vital importancia para concluir el ciclo productivo y garantizar los granos para exportación. Los ingresos que se derivaban de la comercialización de esa mercancía constituían un porcentaje significativo de la recaudación fiscal y permitían efectivizar la renta terrateniente y las ganancias del capital agrario. Para ello, entre otras iniciativas, el gobierno impulsó un sistema para internar en diversas provincias y distritos a los inmigrantes que buscaban ocupación mediante la financiación del pasaje en ferrocarril.¹⁸ A través de este me-

17 *La Prensa*, 22/9/1897 citado por Adrián Patroni quien en su trabajo sobre la situación de los trabajadores en Argentina a fines del siglo XIX reproduce fragmentos de la nota publicada por *La Prensa* donde se comenta la historia de un grupo de familias polacas que llegaron a la Argentina, fueron destinadas a las faenas agrícolas en diversas provincias y que no pudieron juntar la plata para regresar a su país. Por ese motivo, estaban hacía días durmiendo a la intemperie porque ningún organismo público los ayudaba y no tenían claridad en qué momento podrían emprender el viaje de vuelta. Ver (Patroni, 1990: 207-208); “La corriente inmigratoria”. *La Agricultura*, N° 558, 8/10/1903, p. 711. Sobre las condiciones que le esperaban a los inmigrantes ver también *La Protesta*, 31/10/1903, p. 3.

18 Otra forma de intervención del Estado estuvo vinculada al subsidio de pasajes de ferrocarril para garantizar la disponibilidad de la mano de obra en las zonas rurales. Pero,

canismo, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, fue ubicado alrededor del 28% de los europeos ingresados al país, de los cuales cerca del 30% se dirigió a los distintos partidos de la provincia de Buenos Aires bajo el supuesto de que allí conseguirían trabajo.¹⁹ Si bien, por momentos, los propios agricultores reclamaron un papel más activo del Estado en esta tarea, también se expresaron voces –seguramente emergentes de los productores más acomodados– a favor de que el gobierno no interviniese en la dinámica del mercado de fuerza de trabajo para proveerse de mano de obra a un menor salario. En este sentido, Bialet Massé advertía que “al aproximarse las cosechas, hacen circular los propietarios que hay falta de brazos, se aglomeran los trabajadores, y la necesidad los hace conchabar por precios bajos” (Bialet, Massé, 1985: 689).²⁰

Para ponderar la relevancia del sistema instrumentado por el Estado se confeccionó el cuadro 14, que indica la cantidad de inmigrantes internados en cada una de las unidades de análisis.

Cuadro 1. Inmigrantes internados por el Estado en las unidades de análisis del norte y el sur bonaerense 1895/1901

Unidad de análisis/Año	1895	1896	1897	1899	1900	1901
Norte	231	649	329	538	421	790
Sur	389	1528	1449	2178	2831	3924

Fuente: elaboración propia en base a las *Memorias del Departamento General de Inmigración*, 1896, 1897, 1898, 1900; *Memorias de la Dirección de Inmigración*, 1900; Alsina, 1903: 23-26. La unidad norte está conformada por los partidos: Bartolomé Mitre, Rojas, Pergamino, Salto, San Pedro y General Arenales. La unidad sur está formada por: Tres Arroyos, Bahía Blanca, Coronel Dorrego, Coronel Pringles, Puán y Tornquist.

Como puede observarse, del cuadro se desprende que los inmigrantes distribuidos por el Estado se dirigían mayoritariamente hacia los partidos ubicados en el sudoeste bonaerense –región de reciente ocupación–, siendo Bahía Blanca el principal destino. Si bien este distrito no se caracterizaba por el cultivo de cereales se convirtió en el núcleo urbano y centro de exportación triguero más destacado de la zona, donde la construcción, los trabajos portuarios y el tendido de vías férreas generaban una gran

según Ascolani, esa medida tuvo “escasos logros” (Ascolani, 1998: 8).

19 En relación a las cifras sobre internación en todo el país y en la provincia de Buenos Aires para el período 1900-1914 ver Ospital, 1991.

20 “La vida de los trabajadores”. *La Agricultura*, N° 519, 8/1/1903, p. 24

demanda de mano de obra temporaria.²¹ En el caso del norte bonaerense, entre el 45 y el 60% de los recién arribados se dirigió a Pergamino, partido donde se desarrolló una rápida evolución de la superficie cultivada.

Visto en su conjunto en el período que se extiende entre fines del siglo XIX e inicios del XX, el arribo de población trasladada por el Estado representaba un porcentaje muy bajo con respecto a los habitantes de los partidos, particularmente en el norte bonaerense. Tomando las cifras provistas por el Segundo Censo Nacional, el porcentaje de población internada por iniciativa oficial en 1895 representaba el 0,66% de la población rural de los partidos del norte bonaerense, mientras que en el sur la distribución era más dispar dado que Bahía Blanca y Tres Arroyos se fueron transformando en los principales distritos receptores de los inmigrantes. Esta diferencia se explica, entre otros factores, por la existencia de una menor cantidad de habitantes en los partidos del sur con respecto a los del norte, y en los jornales más elevados que, en consecuencia, se pagaban en la región del trigo. Asimismo en el incentivo al desplazamiento de los recién llegados jugaban un papel en las mayores posibilidades de acceder a la propiedad de una parcela de tierra que existían en el sur en estos primeros años de la expansión agropecuaria.²²

A través de las cédulas censales de población de 1895 se puede advertir que 2233 personas fueron censados como jornaleros en Pergamino. De este número, 1740 figuran registrados sin compañía de un grupo familiar (1462 se declararon solteros, 101 viudos y 177 casados pero no acompañados por su mujer y/o hijos) mientras que 493 fueron censados junto a su familia.

De los 1740 jornaleros que se encontraban solos, la proporción mayoritaria estaba compuesta por varones que se desplazaban desde las zonas rurales cercanas o desde los centros urbanos más próximos. Estos hombres, constituían el contingente fundamental de los jornaleros que figuran registrados en el censo. De ellos, el 62% eran argentinos, el 21% italianos, el 6% españoles y el 4% franceses. Entre estos jornaleros argentinos (que figuran sin compañía de un núcleo familiar), el 85% provenían de Buenos Aires, el 5% de Santa Fe y el 4% de Córdoba. El restante 6% era oriundo de otras provincias, como Santiago del Estero, Mendoza, Corrientes, Tucumán, San Luis o Catamarca.

En el caso de los 493 jornaleros restantes, se trataba de padres de familia o hijos en edad de trabajar que figuraban junto a su familia. En

21 Esta situación no se contraponía con los desplazamientos temporarios a los campos en los períodos de cosecha. Sobre el tema ver Caviglia de Villar, 1971.

22 Sobre el tema ver Sansoni, 1990: 79.

algunos de estos casos, la familia entera se movilizaba a los campos y participaban de las cosechas mientras que en otros, sólo lo hacía el padre con los hijos.²³ En muchos de estos casos, el padre el único que se desempeñaba como jornalero aunque, en general, también debían trabajar las mujeres e hijos para lograr los medios de vida básicos para su subsistencia. Estos últimos solían ocuparse como dependiente, lavanderas, costureras, planchadoras, sirvientas o inclusive jornaleros mientras que las mujeres –madres e hijas mayores– como jornaleras, lavanderas, mucamas o cocineras. En otras oportunidades, la madre y/o los hijos mayores sostenían la economía familiar dado que el padre había fallecido o no se encontraba presente a la hora del censo. Inclusive, surge de los registros que el 25% de los hijos de entre 5 y 14 años –cuyo padre era jornalero– debían trabajar, lo que indica las condiciones en las que vivían estos sectores sociales.

En estos años iniciales de la expansión agrícola bonaerense, la proporción de jornaleros nacidos en Argentina era una clara señal de dos fenómenos: por un lado, el proceso de proletarización que se venía desplegando entre la población rural local; y en segundo término, las mayores posibilidades de los inmigrantes para instalarse como agricultores titulares de una explotación, junto a la preferencia de otros por permanecer en las zonas urbanas (situación que se iba modificando a medida que se incrementaban los flujos migratorios).

La mano de obra asalariada local que participaba en las cosechas, provenía generalmente de los mismos partidos bonaerenses. Una parte de ella estaba compuesta por individuos que habitaban en explotaciones de hasta 10 hectáreas (representaban el 10% en el norte y el 19% en el sur) que debían complementar su ingreso, obtenido eventualmente en la parcela como integrantes de una familia campesina, con la venta de su fuerza de trabajo a efectos de cubrir el sostenimiento incluidos “gastos extraordinarios como enfermedad”.²⁴ La existencia de esta capa de semi-proletarios también era descripta por Juan B. Justo quien comentaba que “en las zonas de gran cultivo, fórmanse cerca de los pueblos núcleos de propietarios de parcelas tan pequeñas que en ellas apenas se puede producir para el mercado. En Junin, por ejemplo, hay ya 293 propiedades de 1 a 5 hectáreas, pertenecientes en su mayor parte a trabajadores para quienes la tierra que habitan y cultivan es ante todo un factor de su economía doméstica. En ciertas épocas del año, ellos y sus hijos salen a trabajar como asalariados en las grandes chacras...” (Justo, 1915: 28).

23 El 15% de las familias de jornaleros tenían propiedad raíz en la zona mientras que el restante 85% carecía de la misma.

24 *La Agricultura*, N° 83, 2/8/1894, p. 480.

Otra porción de los trabajadores asalariados estaba constituida por los habitantes de las pequeñas ciudades y pueblos del interior provincial que sobrevivían intercalando el trabajo en las cosechas o la esquila con la ocupación en diversas changas, o con la caza de animales menores que les permitían resolver su alimentación,²⁵ actividad que en la medida que resultara realmente eficaz ilustraría rasgos específicos de una mano de obra de muy reciente formación. Lo cual resulta consistente con el hecho de que en el Código Civil de 1869 se había fijado la prohibición de cazar en terrenos que no fueran propios, con el objetivo no sólo de resguardar la propiedad privada sino también de cercenar los medios de vida de los pobladores de la campaña que podían sobrevivir sin abastecer el mercado de trabajo.²⁶ Así, a fines del siglo XIX e inicios del XX, en un momento caracterizado por la consolidación de dicho mercado -y por lo tanto del capitalismo-, la caza de animales pasó a cumplir otra función: contribuir a que una proporción de la población rural pudiese sobrevivir durante los meses en los que no conseguían trabajo: ¡el desarrollo del capitalismo los había expropiado de los medios de producción pero no había estabilizado todavía en las áreas rurales una demanda solvente capaz de determinar -sin perjuicio del ejército de reserva- un proletariado *full time*!

Como mencionamos anteriormente, en los inicios de la expansión agrícola se solían intercalar en el calendario laboral la esquila, la cosecha del trigo y lino y, finalmente, la juntada de maíz. Pero con el correr de los años, esta posibilidad de combinar diversas labores a lo largo del año en una misma zona se fue dificultando. Por un lado, la expansión de la superficie cultivada se desarrolló -en líneas generales- en detrimento de la ganadería ovina, lo cual incidió en la disminución de la demanda de brazos para la esquila.²⁷ Al mismo tiempo, cada región tendió a especializarse en un cultivo y de este modo se tornó más complicada la supervivencia de los jornaleros que encontraban menos posibilidades de conseguir ocupación por un período de tiempo más prolongado. Sin

25 Esta era una práctica bastante extendida según relata informantes calificados del partido de Chivilcoy.

26 Ver Lobato, 2000: 468; Zeberio, 2005/2006.

27 Este proceso presentó dinámicas diferentes en el norte y sur bonaerenses. Mientras que en el norte el número de ovejas descendió aproximadamente de 3.000.000 en 1895 a 1.500.000 en 1908; en la unidad sur se pasó de 6.000.000 en 1895 a 4.100.000 en 1908. Como contrapartida, esta disparidad se reflejó también en un avance más lento de la frontera agrícola en la zona meridional dado la ocupación más tardía de la zona y la forma de apropiación de la tierra que se había desarrollado. Ver *Segundo Censo de la República Argentina*, 1895, Tomo III; *Censo Agropecuario Nacional. La Ganadería y la agricultura en 1908*, Tomo I.

embargo, existió una diferencia relevante, dado que en la región septentrional de la provincia el gran incremento de la superficie sembrada con lino compensó en cierta medida el retroceso relativo del trigo, dado que ambos granos se cosechaban en momentos similares y con técnicas parecidas aunque el lino requería una menor proporción de mano de obra.

La alternativa que le quedaba a los jornaleros rurales que realizaban las cosechas, una vez finalizada esa tarea, era ofrecerse para preparar el suelo y realizar la siembra. Pero estas labores requerían menos personal y eran encaradas principalmente por el chacarero y su familia, por lo menos en las explotaciones de hasta 150 hectáreas. En otras ocasiones los trabajadores que se desplazaban para la siega del trigo y el maíz luego eran contratados para la trilla pero –en muchas oportunidades– los fenómenos climáticos arruinaban la cosecha y eso afectaba directamente la posibilidad de prolongar el período de ocupación.²⁸

Tanto el Estado, los comerciantes de ramos generales, los empresarios de trilla y los diversos titulares de las explotaciones agrícolas aspiraban a que estas movilizaciones transitorias de jornaleros resolviesen la demanda de brazos que se generaba entre diciembre y mayo. En la medida en que la expansión del área sembrada era más veloz que la disponibilidad de mano de obra, y si no se transitaban coyunturas de fuerte desocupación urbana, tendían a generarse desajustes temporales entre la oferta y la demanda de fuerza de trabajo. Así, a partir de 1895 comenzaron a no resultar infrecuentes las quejas de las diversas categorías de agricultores sobre la falta de jornaleros para recolectar los granos, lo cual resultaba especialmente notorio respecto a la juntada maicera.²⁹ Por este motivo, durante los últimos años del siglo XIX la inmigración era “visualizada como positiva, funcional al mercado de trabajo y necesaria para la capitalización del país” tanto por el gobierno, los empresarios y los chacareros (Ascolani, 1998: 7). Sobre todo cuando la precariedad de los salarios y las condiciones de trabajo rurales que se ofrecían limitaba –en ciertos momentos– el desplazamiento de jornaleros hacia las zonas rurales.³⁰ En este sentido, Juan Alsina –Director de la Oficina de Inmigración– declaraba en el diario *La Prensa* que la principal causa de la escasez, en determinados años, de hombres para la cosecha respondía al “proceder incorrecto e

28 “Desastre agrícola”. *La Nueva Provincia*, 22/12/1903. Sobre esta problemática ver Piantino, 1984.

29 “Las próximas cosechas”, *La Prensa*, 1 de enero de 1904, p. 5.

30 *La Vanguardia*, 13/02/1904. Este tipo de situaciones fueron reiteradas, ver *La Vanguardia*, 24/10/1903. También se puede consultar *La Agricultura*, N° 130, 27/6/1895, p. 510.

inhumano de no pocos propietarios para con los trabajadores, a quienes pagan salarios reducidos y obligan a trabajar más horas que de sol a sol, dándoles una alimentación mala e insuficiente”.³¹ En este mismo sentido, se planteaba que “es cierto que había falta de brazos, pero no es menos cierto que los agricultores que buscaron y pagaron como las circunstancias exigían, encontraron, recolectaron y vendieron; y los que mezquinaron el centavo, han quedado rezagados, no han vendido, ni venderán sino a condiciones demasiado desventajosas”.³² Como puede observarse, no sólo las publicaciones proletarias, sino también aquellas que expresaban los intereses y preocupaciones de los productores más acomodados, se hacían eco de esta problemática. Cada sector, desde su posición e intereses, aducía distintas explicaciones sobre la resistencia de los trabajadores a desplazarse hacia los campos, destacándose entre ellas la que aludía a los engaños a que eran sometidos por parte de los contratistas, quienes prometían una serie de condiciones laborales que luego –una vez en los campos- en ningún caso se cumplían.³³

Por otra parte, a esta situación se le sumaban las dificultades que encontraban los obreros para resolver legalmente a su favor estos conflictos. En general las autoridades de las zonas rurales solían apoyar los reclamos de los titulares de explotaciones más grandes y de este modo los jornaleros se veían en inferioridad de condiciones frente a posibles conflictos en torno a los montos salariales adeudados o las condiciones laborales prometidas.³⁴ Si bien se trasluce en estos comentarios la perspectiva de quien escribe la nota, queda claro que existía una problemática abierta que generaba la paradoja de presentarse juntas y simultáneamente la desocupación y falta de brazos. Al mismo tiempo, estas situaciones evidenciaban un rasgo curioso en el desarrollo del capitalismo en el agro bonaerense, consistente en que era entre los jornaleros temporarios donde se evidenciaba con mayor nitidez el núcleo de trabajo asalariado libre más, digamos, pleno. Estos constituían el contingente de obreros rurales que se movilizaban con mayor facilidad y libertad de un lugar a otro en busca de un conchabo, tendían a organizarse gremialmente y comenzaban a protagonizar conflictos laborales de cierta relevancia (Ansaldi, 1993).

31 *La Prensa*, 6/9/1904, p. 8.

32 *La Agricultura*, N° 130, 27/6/1895, p. 510; *La Vanguardia*, 28/11/1903.

33 “Por qué no van al campo los obreros”. *La Vanguardia*, 13/2/1904, p. 3.

34 *La Vanguardia*, 9/4/1904; *La Agricultura*, N° 535, 30/4/1903, p. 307; *La Agricultura*, N° 537, 14/5/1903, p. 349.

Por el contrario, los peones permanentes de las chacras grandes y, fundamentalmente, de las estancias (aquellos sectores que poseían los empleos más estables) tenían mayores restricciones para movilizarse y disponer de su paga, expresando en algunos casos contenidos más asociables a momentos transicionales –con presencia de lógicas supervivencias de formas de dependencia personal provenientes de modos de producción anteriores (Azcuy Ameghino, 2009)- que con el desarrollo pleno del régimen capitalista de producción.³⁵ Así lo dejaba entrever Godofredo Daireaux en su *Manual del Agricultor Argentino*, al plantear que el obrero mensual o permanente “vive en el establecimiento, donde encuentra asegurado todo lo necesario, casa, alimento, etc. No tiene que atender a las necesidades de la vida, y se lo pasa por consiguiente en una quietud bastante completa para explicar que su sueldo sea, en proporción, algo bajo. Es cierto que el peón mensual no es independiente, y que tiene que dar todo su trabajo, en cualquier forma y en cualquier momento que se lo pidan; pero justamente por ser continua su obligación, pierde forzosamente en intensidad lo que tiene de más en asiduidad” (Daireaux, 1908: 323). Por otra parte, el mismo autor opinaba que los jornaleros realizaban tareas ocasionales, tenían mayor inestabilidad, debían realizar trabajos más duro e intensivos, y que por ello su paga solía ser superior a la de los peones permanentes.

La evolución de la demanda de fuerza de trabajo asalariada en la agricultura

Durante la expansión agrícola la demanda de mano de obra presentó una serie de fluctuaciones que se derivaron de la evolución del estado de las sementeras, la desocupación urbana, las cotizaciones de los granos, las inclemencias climáticas y los flujos migratorios. Si bien, a mediados de la década de 1890 la situación económica se iba recuperando, en el último año del siglo XIX se inició un ciclo de crisis derivado de la caída en los precios de las mercancías exportadas por Argentina, la combinación de sequías e inundaciones recurrentes (que dificultaron el aprovechamiento

35 En este sentido Andrea Reguera transcribe la reglamentación interna de una estancia de Santamarina donde se planteaba para los puesteros la prohibición de salir del campo sin permiso de la estancia. En el caso de los peones, la paga por sus labores se efectuaba “al final de los trabajos en forma de vales contra casas comerciales donde el propietario tuviera cuenta corriente (muchas veces de su misma propiedad)...” (Reguera, 2006: 154 y 167). También consultar Rodríguez Molas, 1968; Slatta, 1985.

de la mejora de las cotizaciones de los granos en 1901 y 1902), y el brote de fiebre aftosa que atacó al ganado vacuno. Al mismo tiempo, el renovado temor a un conflicto armado con Chile, que lanzó al gobierno a gastar enormes sumas en pertrechos de guerra, barcos y movilización de tropas, no hizo más que agravar la situación.³⁶ El resultado de todo esto “fue un receso económico que se extendió hasta 1903, creando un ambiente de general pesimismo” (Panettieri, 1988:17-18).³⁷ En estas condiciones se deprimió el comercio y disminuyó el ritmo de la construcción, situación que impactó muy fuerte en la ocupación obrera y en los niveles salariales que descendieron a lo largo de este período, en particular entre albañiles, carpinteros, yeseros, y servicios como cocheros y carreros, lo cual estimuló una mayor disponibilidad de brazos para la cosecha.

Con respecto a esta problemática, Lallemand afirmaba ya en 1899 que “342.493 jornaleros sin ocupación fija, trabajadores ‘golondrinas’ cuyo número asciende al 20,81% de todos los ocupados” se desplazaban hacia los campos entre septiembre y mayo para realizar la cosecha y la esquila. Pero luego, cuando retornaban a las ciudades, la mayoría permanecía desocupada durante el resto del año (Lallemand, 1974:181).

Las características de la crisis en curso, fueron bien reflejadas por la prensa de la época, donde se afirmaba que “ha llegado a tal extremo el encarecimiento de la vida, se lucha con tantas dificultades para conseguir trabajo medianamente remunerado, y son tantos los obreros sin ocupación que vagan semanas y meses mendigando un jornal, que no es posible apartar la vista de este gran problema que cada día se complica y agrava”.³⁸ En otra nota del mismo periódico se informaba de la existencia (en 1901) en la ciudad de Buenos Aires de “no menos de 20.000 obreros sin trabajo o con trabajo alternado, es decir, por cada 30 días del mes obtienen jornal 8, 10, 12 o 15 días”, a los cuales se sumaban unos 6.500 inmigrantes sin oficio que fuera de los períodos de cosecha no

36 Se planteaba que los gastos de una familia de 5 personas se componían del alquiler, ropa, combustible, jabón y soda, kerosene, velas, calzado, médico, medicinas, tabaco, lecturas, alimentación. Teniendo en cuenta estos rubros, un obrero necesitaría ganar por día unos 5,5 pesos moneda nacional y trabajar 300 días sin faltar ni uno solo. Esto era posible para un núcleo reducido de los obreros de Buenos Aires, los mejor pagados, como el caso de un herrero que podría ganar de 5 a 7 pesos moneda nacional. Pero el término medio de los salarios rondan los \$80 por mes que equivalen a \$3,2 diarios. Así, para poder cubrir los gastos mínimos, también salían a trabajar las mujeres que cobraban mucha menos plata por similares ocupaciones. Ver Lallemand, Germán. “A propósito de las huelgas. Salarios-costos de la vida”. *La Agricultura*, Nº 193, 10/9/1896, p. 670.

37 Para ver evolución de los precios internacionales en estos años: Di Tella y Zymelman, 1967: 240.

38 *La Prensa*, 16/8/1901, p. 5.

encontraban ocupación alguna.³⁹ La necesidad de conseguir dinero para sobrevivir llevó a que muchos trabajadores urbanos se desplazaran hacia los campos entre diciembre y mayo, tal como lo evidencia el caso de los vendedores ambulantes (que se calculaban en 12.000 para 1901) o el de los mecánicos: “maquinistas y foguistas están representados por no menos de 4.500 individuos, aunque en el verano, cuando funcionan las trilladoras y desgranadoras, hay unos 2.500 de ellos en Buenos Aires”.⁴⁰ Algunos periódicos planteaban que frente a la fuerte desocupación que se vivía en 1901, de esos 4.500 mecánicos sólo trabajan 3.000 pues “casi todos los demás viven devorando las columnas de avisos de los diarios a la espera de un pedido de brazos, mientras otros van a ofrecer sus servicios para cualquier cosa”.⁴¹

Estos trabajadores confluían con aquellos que migraban a los campos para los períodos de cosecha empujados por la fluctuación de sus labores durante el período estival, como era el caso de los torneros, costureras, zapateros o trabajadores del vestido (Patroni, 1990).⁴²

A su vez, se desarrollaron migraciones urbano-rurales con destino a las cosechas dentro de los propios partidos de la provincia, como ocurría, por ejemplo, con los barraqueros de Bahía Blanca o los albañiles de Coronel Pringles.⁴³ También los obreros contratados para el tendido de vías podían transformarse de pronto en jornaleros rurales, como ocurría con muchos de los 1500 obreros contratados para construir el ramal ferroviario de Bahía Blanca a Pringles, que una vez despedidos por la empresa -sin abonarles los jornales adeudados- buscarían sumarse a la recogida del trigo como forma de subsistencia.⁴⁴ Cabe agregar que este tipo de movimientos tenía historia en la zona, donde a principios de la década de 1890 la empresa Ferrocarriles del Sud había contratado cerca de 1000 hombres para construir una extensión entre Tres Arroyos y Bahía Blanca, muchos de los cuales al año siguiente una vez finalizada la tarea se incorporaron a las -por entonces más reducidas- faenas agrícolas de dicha región (Derieul, 1973:185).

39 La Prensa, 21/8/1901, p. 5.

40 La Prensa, 30/8/1901, p. 3.

41 La Prensa, 23/9/1901, p. 3. Las migraciones de los desocupados urbanos hacia los campos en el período de cosecha constituía un contingente muy relevante. “Las cosechas agrícolas”. *La Agricultura*, N° 513, 27/11/1902, pp. 850-851.

42 “El trabajo en Córdoba”. *La Agricultura*, N° 588, 24/6/1904, p. 326.

43 La Vanguardia, 14/1/1904, p. 1; La Protesta, 1/2/1905.

44 La Prensa, 23/8/1901, p. 5; La Vanguardia habla de 2.000 trabajadores en huelga. *La Vanguardia*, 17/8/1901, p. 2.

Por cierto que estas tendencias observables en los ciclos laborales de los asalariados coexistían con factores contrarrestantes, que se potenciaban en las coyunturas favorables al empleo en las urbes, como la falta de justicia rural, la escasez de vías de comunicación o la discontinuidad de los trabajos agrícolas, etc.⁴⁵

Entregando elementos de juicio sobre la precariedad laboral y la escasa calificación de la mano de obra a comienzos del siglo XX, Juan Alsina nos brinda una visión de las características y dinámica de buena parte de la mano de obra disponible por entonces: “los operarios verdaderos, hábiles en las artes y oficios que llegan del exterior, son muy contados, y que el personal de las manufacturas, fábricas y algunos talleres se forma con gente jornalera, sin oficio determinado, sin educación especial, a la que se adiestra en el manejo de la maquinaria en breve tiempo, siendo muchas veces personal mudable, al que se puede someter al salario mínimo, y que se traslada de un oficio a otro o abandona el que ha tomado por casualidad, para salir en los meses de Setiembre a Junio, a ocuparse de la esquila, siega y trilla de cereales y recolección del maíz” (Alsina, 1905: 43). En relación con este panorama, cabe remarcar que el desarrollo de un proceso de urbanización y proletarización en la región pampeana tuvo la particularidad de que, en lo fundamental, no se correspondió con el crecimiento de un polo industrial pujante y diversificado que absorbiera de manera sostenida y estable a la fuerza de trabajo creciente alimentada año tras año por los flujos de la inmigración.

En este sentido, la dinámica laboral en curso, signada por la transitoriedad de las labores y el permanente desplazamiento entre los ámbitos rurales y urbanos, resultaba consistente con la estructura productiva que se iba configurando en el núcleo pampeano de la Argentina moderna. Así, las actividades que demandaban mayor proporción de trabajadores eran aquellas vinculadas con el transporte, los servicios, el comercio, la construcción y la cosecha de granos, lo cual contribuyó a consolidar lo que Eduardo Sartelli –retomando una conceptualización de Marx– denominó como la “infantería ligera del capital, una porción de la clase obrera sin empleo fijo que el capital utiliza en forma directa en todos aquellos luga-

45 La Vanguardia, 13/2/1904, p. 3; La Protesta, 29/8/1903, p. 2; La Agricultura, N° 464, 19/12/1901, p. 942. Inclusive esta problemática persistió a lo largo de los años. En 1924, desde las páginas de La Vanguardia, todavía se argumentaba: “se explica perfectamente que la casi totalidad de los inmigrantes llegados al país hayan decidido quedarse en la capital ¿a qué irían al interior de la república, donde los salarios son inferiores y las jornadas más largas, fuera de que se carece, en general, de un mínimo de garantías para la libertad y la seguridad de los ciudadanos?”. La Vanguardia, 2/7/1924, p. 1.

res que necesita".⁴⁶ Esta presencia entrega uno de los rasgos distintivos de la estructura socioeconómica local, donde todavía no se configuraba un clásico "ejército de reserva" que presionara sobre el salario de los obreros ocupados, sino que la proporción mayoritaria de los proletarios vivían en la inestabilidad laboral.⁴⁷

Hacia fines de 1902 fue creciendo el temor entre los titulares de las explotaciones y el gobierno de no poder contar con los brazos suficientes para levantar la cosecha. Se estimaba que eran necesarios 100.000 hombres distribuidos de la siguiente manera: Santa Fe 35.000; Córdoba, 20.000; Entre Ríos 20.000 y Buenos Aires, 25.000. Analizando como se podría cubrir esta demanda se afirmaba que había unos 50.000 desocupados en la Capital Federal, 10.000 en Rosario y 20.000 entre Córdoba y Rosario, los cuales se estimaba difícil que se desplazaran hacia los campos en una proporción importante. Según esta perspectiva -que soslayaba las durísimas condiciones del trabajo agrícola- un 40% aproximadamente no eran aptos, no querían "por vagancia", o no veían la conveniencia.⁴⁸

Ante el progresivo crecimiento de la superficie sembrada otra de las estrategias con las que se buscó resolver el problema de la mano de obra para la recogida de los granos fue estimular las migraciones internas de trabajadores desde las provincias extrapampeanas. Estas migraciones tenían el doble objetivo de descomprimir potenciales situaciones conflictivas -producto de los elevados niveles de desocupación derivadas de las crisis de ciertas economías regionales- y proveer brazos para las cosechas pampeanas. Al respecto, cabe señalar que mediante la revisión de la prensa periódica de la época es posible conocer, por ejemplo, otros mecanismos de los que se valían los grandes propietarios para garantizar las cosechas. Así, La Prensa publicaba que "la sociedad rural santafesina recibió una nota del señor Ángel Quiroga, establecido en Jujuy, proponiendo mandar de 500 a 1000 hombres a trabajar en las cosechas. Dice el proponente que se haría un servicio humanitario, pues el número de personas sin trabajo que hay en la citada provincia es incalculable. La sociedad nombrada estudia el asunto y cree factible la traslación a ésta de esa gente, aprovechando las rebajas ofrecidas por varias empresas ferroviarias".⁴⁹ Esta clase de iniciativas se

46 Ver Sartelli, 1997; Marx, 1995:563.

47 Esta situación presentaba una gran diferencia con respecto a las formaciones económico-sociales donde el núcleo dinamizador de la economía era la actividad industrial. Para el caso de Inglaterra y una conceptualización general del problema, ver: Marx, 1995: 209-210.

48 La Agricultura, N° 513, 27 de noviembre de 1902, p. 854.

49 La Prensa, 19/11/1903.

tornaban más factibles debido a que en muchos casos los ciclos productivos de los cultivos regionales no se superponían con la recolección del trigo y el maíz, lo que generaba las condiciones para que los habitantes de diversas provincias se desplazaran hacia la región pampeana durante el verano y el otoño. Así, por ejemplo, “la ocupación que ofrecían ingenios y plantaciones era en alto grado inestable, tanto por requerir trabajo transitorio de tres a seis meses por año, como por la precariedad de las condiciones de vida de los migrantes, de sus remuneraciones, sus derechos laborales y sus garantías. A su vez, esta integración parcial de la mano de obra permitía a las empresas desentenderse del problema de la manutención desde fines de la zafra (septiembre u octubre) hasta mayo o junio del año siguiente y descargar el costo de su reproducción social sobre los mismos trabajadores y sus comunidades de origen” (Campi, 2000: 80-81).

En este sentido, desde las páginas de *La Nación* se enfatizaba que “se ha dicho ya que en el norte de la República hay muchos miles de peones criollos de los que trabajan en los ingenios de azúcar que podrían ser utilizados, porque en esta época no tienen precisamente aplicación alguna; pero esos peones que pertenecen a la provincia de Tucumán y a las limítrofes no se mueven sino en grupos considerables y sin que alguien se encargue de buscarlos y asegurarles el regreso”.⁵⁰ Al respecto, Bialek Massé comentaba que “desde hace algunos años caen también a la cosecha muchos santiagueños, cordobeses y correntinos, algunos catamarqueños y riojanos y uno que otro tucumano, y no son pocos los peones del Rosario, Santa Fe y Córdoba, y aún artesanos que abandonan las ciudades tras el mejor jornal que las cosechas ofrecen. Espontáneamente se ha formado una cantidad de golondrinas criollas, y ya las hay que emigran a Tucumán en junio, para la zafra de la caña, vuelven a sus pagos en agosto y septiembre; se van en diciembre a las zonas cerealistas y vuelven en marzo o abril [...] Lo más general es que hagan una sola campaña; ello es a causa de lo agotadores que son los trabajos; el que hace las dos se acaba en poco tiempo” (Bialek Massé, 1988:150). Este tipo de migraciones, que están más documentadas para la provincia de Santa Fe y el norte de Buenos Aires, también fueron viendo crecer su importancia para la cosecha triguera del sur bonaerense estimuladas por la escasa población que habitaba en la zona. Al mismo tiempo, no todos los desplazamientos desde el interior del país tenían por objeto regresar al lugar de origen, notándose ya en estos primeros años del siglo XX que un porcentaje creciente opto

50 *La Nación*, 29 de noviembre de 1902.

por probar suerte y radicarse definitivamente en las zonas hacia donde había marchado en busca de trabajo.⁵¹

Otro afluente de mano de obra que cobrando alguna importancia con el paso del tiempo fue el de los denominados *linyeras*, individuos que salían a buscar trabajo en la época de cosecha con su pequeño atado de ropa y algunos utensilios a cuestras. Una proporción importante de ellos se dirigía a las zonas rurales donde tras realizar las tareas para las que eran contratados regresaban, unos a su hogar para sostener –con los jornales recibidos– al grupo familiar, mientras que otros llevaban una vida errante, desplazándose de un lugar a otro en busca de trabajos transitorios. A los primeros se los conocía como *linyeras* o *crotos de juntada*, “y su estadía en la vía era temporaria; mientras que los segundos eran los *linyes* o *crotos* propiamente dichos, de vía o permanentes” (Nario, 1980:8). Todas las categorías de proletarios y semiproletarios que se orientaban hacia el conchabo agrícola solían aprovechar la diferencia climática entre el norte y el sur de la región pampeana, la cual determinaba una demanda escalonada a lo largo de muchas semanas. De este modo, la ruta de las cosechas requería la disponibilidad permanente de una importante cantidad de personal, que sin embargo en la mayoría de los casos no conseguía ocupación de corrido durante más de seis o siete meses.

Hacia 1903, la inmigración europea se iba transformando cada vez más en un foco de atención permanente por parte de especialistas, organismos estatales, y las diversas categorías de la burguesía agraria.⁵² El incremento en la llegada de extranjeros y la suerte dispar en las cosechas durante los primeros años del siglo entre las diversas y contradictorias reacciones que generaron también incluyeron –especialmente en algunos círculos oficiales– una dosis de inquietud acerca de los efectos sociales que podría traer aparejado un “exceso de brazos”. Lo cual, en el marco del crecimiento del movimiento obrero y de las luchas sociales, ponía de manifiesto la importancia que las clases dominantes comenzaban a atribuirle a la denominada “cuestión social”. Así, el Jefe del Departamento de Inmigración expresaba su preocupación acerca del crecido número de jornaleros que habían arribado a estas costas sin encontrar ocupación por la mala coyuntura de las cosechas (Alsina, 1903:13-14),⁵³ al tiempo

51 Ver Lattes, 1979.

52 Las situaciones de desocupación que se generaban eran denunciadas en diversas publicaciones periódicas. Ver “Los inmigrantes en la campaña”. *La Vanguardia*, 22/2/1902, p. 1;

53 En este trabajo, Alsina reproduce una carta enviada a las autoridades nacionales en 1901 donde se expone acerca de sus preocupaciones.

que desde la prensa se advertía que “trabajar para comer no satisface las aspiraciones del inmigrante que abandona su patria y sus más caras afecciones para vincularse al suelo extranjero”.⁵⁴

En este contexto cobraba más fuerza por entonces el fenómeno en apariencia contradictorio de que existía un elevado número de trabajadores desocupados en las ciudades que resistían trasladarse al campo para las cosechas. No sólo las publicaciones proletarias sino también aquellas que expresaban los intereses y preocupaciones de las diferentes expresiones del capital agrario se hacían eco de esta problemática, siendo recurrentes las noticias en los diarios acerca de la escasez de brazos para las cosechas.⁵⁵ Sin embargo, también se publicaban artículos que reflejaban la “otra realidad” de los jornaleros agrícolas: “en la colonia Rafaela existen actualmente 800 hombres sin trabajo [...] Los peones de Rafaela han publicado un manifiesto en el que expresan la mala situación en que se encuentran, sin recursos, sin trabajo para ganarlos y sin crédito entre los comerciantes de la localidad”.⁵⁶

Entre la gama de explicaciones que generaba este tipo de situaciones se reiteraban algunas que ya se habían formulado durante la última década del siglo XIX, como aducir que en muchas ocasiones la resistencia a desplazarse hacia los campos respondía a los engaños que eran víctimas por parte de los contratistas, o las dificultades para resolver favorablemente en la justicia los conflictos que se suscitaban con sus patrones debido a que “los funcionarios judiciales que entienden en asuntos de menor cuantía guardan indebido respeto a los legítimos intereses de los vecinos permanentes de la localidad, o bien, y esto ha de ser lo más frecuente, porque los jornaleros, ignorantes y además temerosos, no saben defender sus derechos o no se atreven a defenderlos con la energía que corresponde”. Si bien se trasluce en estos comentarios el sesgo de la perspectiva de quien escribe la nota, queda claro que existía una problemática abierta ineludible y paradójica: desocupación y falta de brazos simultáneamente.⁵⁷ Puntualmente, la insuficiencia de la oferta de fuerza de trabajo, particularmente para la cosecha maicera, se hizo sentir con fuerza en los primeros meses de 1903 transformándose en una temática reiterada en las

54 *La Nueva Provincia*, 4/4/1903, p. 1

55 *La Prensa*, 19/11/1903; *La Agricultura*, 8/10/1903, N° 558, p. 717.

56 *La Prensa*, 21/11/1903, p. 6. Una situación similar existía también en otros lugares de la provincia, ver *El Comercio*, Bahía Blanca, 23/10/1902, p. 1.

57 “Falta y sobre de brazos en la campaña y en las ciudades”. *La Agricultura*, N° 535, 30/4/1903, p. 307; *La Agricultura*, N° 537, 14/5/1903, p. 349.

publicaciones del período.⁵⁸ Esta situación se agravó con la creciente emigración que se registró hacia el mes de mayo -cuando todavía se cosechaba maíz-, en el que habían ingresado 3462 inmigrantes mientras se había marchado 4725, generando un saldo negativo de 1273 personas. Si bien resultaba evidente que este fenómeno estaba estimulado por el encarecimiento del costo de la vida que imposibilitaba a una proporción significativa de inmigrantes poder generarse un ahorro, otras opiniones invertían los argumentos invocando el papel del escaso conocimiento de los cultivos que tenían los inmigrantes y su falta de instrucción para llevar adelante una producción agrícola redituable.⁵⁹ Por otro lado, se hacía alusión a la escasa presencia de desocupados por las calles -cuando ella había sido habitual unos meses antes- atribuyendo el fenómeno antes al volumen de la emigración que al crecimiento de la población que conseguía trabajo.⁶⁰ En este contexto se iba generando un cierto consenso respecto a que en el fondo de los problemas en curso se podían identificar los efectos del cierre de un período en el cual el relativo acceso a ciertos medios de producción, básicamente la tierra, había sustentado la creencia de que resultaba posible “venir a hacerse la América”.

Por entonces, desde la Protesta los anarquistas criticaban las campañas de fomento a la inmigración que realizaba el gobierno donde se prometían inmejorables condiciones laborales que distaban mucho de la realidad. Planteaban que “concluidas las cosechas, que como se sabe duran de tres a cuatro meses, buscareis otra clase de trabajo y no le hallareis, iréis vagando de pueblo en pueblo, poco quedará de aquellos pocos centavos que habréis cobrado durante los rudos trabajos de la cosecha... y luego, luego vendrá la miseria. [...] Que lo digan los 80.000 trabajadores desocupados que actualmente vagan por esta desgraciada República”.⁶¹ La situación de los jornaleros en el sur de la provincia de Buenos Aires presentaba una perspectiva aún más sombría: los sembrados habían sufrido sequías y heladas en el momento en que el trigo primerizo estaba en flor, a lo cual se sumaron los granizos de última hora.⁶² En Tres Arroyos, las inclemencias climáticas habían afectado un tercio de los cultivos.⁶³ En di-

58 “El problema de las cosechas. Brazos útiles e inútiles”. *La Agricultura*, N° 538, 21/5/1903, p. 362; *La Agricultura*, N° 451, 11/6/1903, p. 415

59 “Emigración e inmigración”. *La Agricultura*, N° 541, 11/6/1903, p. 415; “El problema de la emigración”, *La Agricultura*, N° 551, 20/8/1903, p. 588.

60 *La Agricultura*, N° 549-550, 13/8/1903, p. 569.

61 *La Protesta*, 31/10/1903, p. 2.

62 *La Agricultura*, N° 526, 26 de febrero de 1903, p. 152.

63 *La Agricultura*, N° 596, 25 de diciembre de 1903, p. 900; *La Agricultura*, N° 570, 8 de enero de 1904, p. 15; *La Agricultura*, N° 573, 10 de marzo de 1904, p. 51.

cho partido, de 91.689 hectáreas cosechadas en la campaña 1903-04 sólo se habían podido obtener 69.358 toneladas, con un rinde medio del trigo de 756 kilos por hectárea, mientras que en Bahía Blanca el rendimiento había sido de 929 kilos por hectárea, similar a los obtenidos en Dorrego y Pringles.⁶⁴

La mayor disponibilidad de brazos –producto de una coyuntura de fuerte desocupación– impactó en las condiciones de trabajo y los niveles salariales,⁶⁵ y sin embargo, a pesar de esa situación, desde La Prensa se afirmaba que las cosechas en varios partidos del sur de la provincia habían sido buenas, pero se advertía con alarma sobre una supuesta falta de braceros en Tres Arroyos: “si no acude un número considerable de peones para ocuparse de las tareas agrícolas gran parte de las cosechas de trigo y lino se perderán, pues no hay brazos para levantarlas”.⁶⁶ Y lo mismo ocurriría en la localidad de Arroyo Corto (también en el sur bonaerense), donde “la agricultura sufre serios perjuicios, ocasionados por la escasez de peones. El trabajo marcha lentamente. En muchas chacras de trigo queda el rastrojo sin poderse emparvar. Varias trilladoras están completamente paralizadas por falta de brazos, Diariamente llegan a esta los chacareros solicitando peones con cinco pesos de jornal diario. Si no llegan obreros se perderá el trigo por el desgranamiento gradual”.⁶⁷

Durante los primeros meses de 1904 la cantidad de inmigrantes arribados se había incrementado, pero ya para principios de abril aparecían nuevamente las preocupaciones acerca de la creciente emigración de trabajadores, que volvían a sus países de origen después de estar menos de dos años en este territorio (marcando una diferencia con respecto a la llamada inmigración golondrina por una cosecha) insatisfechos por los jornales que recibían y el costo de vida local.⁶⁸ Al mismo tiempo, la desocupación urbana crecía y desde la prensa nacional se planteaba que

64 *Boletín Mensual de Estadística y Comercio*. Ministerio de Agricultura de la República Argentina, septiembre de 1904, p. 17. Desde la prensa se comentaba que “las noticias últimamente recibidas de Coronel Pringles permiten apreciar con alguna mayor exactitud los daños causados por la helada caída el 11 de diciembre del año pasado...” Los agricultores perdieron los cultivos y por lo tanto ni siquiera era rentable segar lo que quedaba porque no cubría ni los gastos. La Prensa, 15 de enero de 1904, p. 7.

65 *Boletín Mensual de Estadística y Comercio*. Ministerio de Agricultura de la República Argentina, septiembre de 1904, p. 17; La Prensa, 15/1/1904, p. 7; La Agricultura, N° 526, 26/2/1903, p. 152; Panettieri, 1988:17-18.

66 La Prensa, 9 de enero de 1904, p. 7; “Las cosechas en el sur”. La Prensa, 9 de febrero de 1904, p. 5.

67 “Las próximas cosechas” La Prensa, 11 de enero de 1904, p. 5.

68 “Emigración”. *La Nueva Provincia*, 5/4/1904; “La corriente inmigratoria”. *La Agricultura*, N° 577, 7/4/1904, p. 119.

los brazos ociosos deberían garantizar la recolección del maíz: “cualquier hombre medianamente trabajador puede conseguir un buen jornal, pues juntar maíz no es un trabajo excesivamente pesado y no requiere tampoco conocimientos agrícolas de ningún género”.⁶⁹ De este modo, se buscaba alentar los desplazamientos a las zonas rurales para garantizar la recolección de los granos.

Las malas condiciones de vida y trabajo a la que estaban expuestos la mayoría de los inmigrantes impulsó al gobierno italiano a imponer una serie de limitaciones a la emigración hacia Argentina: “el gobierno italiano está firmemente decidido a impedir la salida de inmigrantes hacia la República Argentina. Lo evidencian medidas tales como imponer fuertes multas a los órganos de publicidad del reino que hagan propaganda a favor de nuestro país o fomenten en cualquiera otra forma la corriente inmigratoria”, rezaba un diario local.⁷⁰ El recientemente creado Consejo de Emigración tenía por función controlar los flujos de italianos que se desplazaban a la Argentina para garantizar ciertas condiciones en el país receptor. Sin embargo, luego de realizar una serie de estudios, dicho Consejo había resuelto desistir de su propósito porque consideraba que los nuevos pobladores carecían de las garantías necesarias en nuestro país para asegurarle sus derechos. Entre los argumentos se destacaba que resultaba difícil acceder a la propiedad de una parcela de tierra y que las autoridades rurales solían fallar en su contra ante cualquier litigio.⁷¹

La cosecha de la campaña 1904-1905 se inició con la rebaja de los pasajes ferroviarios a efectos de incentivar el traslado de trabajadores a la campaña.⁷² Sin embargo, las perspectivas para los jornaleros no eran halagüeñas. Veamos algunos casos. Desde el periódico *La Protesta* se informaba que “no conviene que vengan a esta región [Tres Arroyos] trabajadores para la recolección de trigo, pues las heladas caídas en estos últimos días han ocasionado perjuicios que aún no es dable poder calcular, aunque se puede decir que el desastre es grande. Ahora bien la afluencia de trabajadores será grande, como en años anteriores. Pero sucederá que llegarán, estarán unos días en las fondas y cuando se les hayan concluido los pocos medios que traen, irán a trabajar por cualquier jornal, los poco para los cuales haya trabajo”.⁷³ Esta situación conjugada con los bajos salarios

69 *La Prensa*, 4/02/1904, p. 6.

70 *La Nueva Provincia*, 8/1/1904, p. 2. Esta situación ya se venía denunciando con anterioridad. Ver “Propaganda inmigratoria”. *La Vanguardia*, 18/1/1902, p. 1.

71 “Inmigración”. *La Agricultura*, N° 584, 26/5/1904, p. 251.

72 *La Protesta*, 9/10/1904, p. 1.

73 *La Protesta*, 20/12/1904, p. 3.

ofrecidos por chacareros, empresarios de trilla, terratenientes capitalistas y burgueses agrarios, provocó una huelga de peones de cosecha en Coronel Suarez exigían mejores sueldos y condiciones de trabajo”.⁷⁴

En una tónica similar, una crónica realizada por un colaborador de *La Vanguardia* daba cuenta de haber “pasado por los pueblos de mayor importancia agrícola del Sud de la provincia de Buenos Aires, como Coronel Suarez, Arroyo Corto, Pigüe e infinidad de estaciones, y conversando con muchos obreros que han caminado leguas y leguas a pie he podido comprobar la gran abundancia de brazos que hay en la cosecha de este año. He visto también cuadrillas extensas que sin esperanza ninguna de hacer cosecha vuelven a pie por la vía del ferrocarril. Las estaciones citadas están repletas de ligeras. En Coronel Suarez, sin exagerar, creo que se aproximan a mil los obreros desocupados. Si la prensa burguesa escuchara a la inmensa cantidad de obreros que llegan todos los días del campo sin haber trabajado una sola jornada, oiría el justo anatema de todos esos infelices que vinieron a la campaña halagados por sus sofismas y mentiras. Se hablaba de sueldos elevados de siete y ocho pesos diarios, sin embargo hace pocos días han sido ocupados en la estancia de Iman, Las Martinetas, 50 obreros a \$3 por día. Y se sigue engatuzando con cuentos de la luna a los obreros de la ciudad haciéndoles venir a la campaña a sufrir mil penurias para después volver a Buenos Aires a pie”.⁷⁵

Otra era sin embargo la lectura que se realizaba desde Dirección de Inmigración, cuyos funcionarios estimaban que “la abundancia de las cosechas y la actividad económica del país en todos los ramos facilitaron la colocación de toda la gente entrada durante el año. Hay que consignar que un gran número de inmigrantes vinieron ya con destino fijo lo que demuestra que no se alejan de su país a la ventura, sino que cuentan de antemano con la seguridad de un trabajo arreglado a sus aptitudes. Casi toda esta gente tiene, pues, lazos establecidos, desde que cuenta en la República con parientes y amigos que le advierten no solo la época propicia para su traslado sino el lugar en que ha de encontrar una ocupación, lo que le asegura desde luego un éxito necesario para facilitar un arraigo ulterior”.⁷⁶ Similares eran las perspectivas que se esbozaban desde *La Prensa* con respecto a los cultivos en el sur de la provincia de Buenos Aires.⁷⁷

Sin embargo, las protestas obreras y la creciente organización de los trabajadores operaban como un claro indicador de las condiciones

74 *La Protesta*, 24/12/1904, p. 2.

75 “La carencia de brazos en la cosecha”. *La Vanguardia*, 7-1-1905, p. 1.

76 Memoria de la División de Inmigración, 1905, p. 18.

77 “Las cosechas en el sur”. *La Prensa*, 9 de febrero de 1904, p. 5.

laborales imperantes en el campo y la ciudad. En este contexto el incremento de los conflictos motivó un conjunto de medidas por parte del gobierno, que veía con preocupación la situación que se estaba gestando. En primera instancia, se impusieron leyes represivas como el Estado de Sitio y la Ley de Residencia de 1902 –“autorizando al ejecutivo a expulsar a todo extranjero cuya conducta fuera considerada peligrosa para la seguridad nacional o el orden público” (Panettieri, 1967:140)-, que afectaron al conjunto de los trabajadores, tanto en el ámbito urbano donde radicaba el epicentro de las luchas sociales como en el medio rural donde también crecían las protestas (Ansaldo, 1993). Luego, hacia mediados de la década de 1900, el gobierno decidió realizar una serie de investigaciones sobre las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera, donde se reflejara con especial énfasis la situación de los asalariados rurales. Así, en 1904 Joaquín V. González (ministro del Interior de la segunda presidencia de Roca) le encargó a Juan Biale Massé la realización de un estudio sobre los trabajadores que sirviese de base para la redacción de una Ley Nacional del Trabajo, que no llegaría a concretarse (Biale Massé, 1985).

El objetivo de fondo de la iniciativa era “la preparación de un proyecto de ley que tuviese por propósito eliminar, en lo posible, las causas de las agitaciones que se notan cada más crecientes en el seno de los gremios” (Panettieri, 1984:15).⁷⁸ Por su parte, al año siguiente Juan Alsina publicó “El obrero en la República Argentina”, texto que también tenía por objeto reflejar las condiciones de los trabajadores asalariados en pos de impulsar medidas que permitieran mejorar sus condiciones de vida (Alsina, 1905). Cabe destacar que en ambos estudios se prestó una particular atención a la situación de los obreros rurales, en un contexto, el de los campos bonaerenses, donde comenzaban a manifestarse los primeros conflictos abiertos protagonizados por este sujeto social.

Los cambios en los procesos de trabajo y producción, que jugaron un rol fundamental en la expansión agrícola del período, se reflejaron también en la estructura social y en la conflictividad agraria que se sucedió desde inicios del siglo XX. Así, para 1901, frente a las malas condiciones laborales desde el sector obrero se elaboraron los primeros pliegos de reivindicaciones mediante los cuales se reclamaban mayores salarios y mejores condiciones de trabajo para los operadores de las trilladoras así

78 La única ley que se sancionó en este período –que podía beneficiar a los obreros del campo- fue la de descanso dominical (1905) que tuvo un muy escaso alcance en los ámbitos rurales y preveía la excepción de su aplicación en los períodos de cosecha.

como para los estibadores y trabajadores de los carros.⁷⁹ A su vez, al calor de los conflictos se fundaron diversas organizaciones, como el Centro Cosmopolita de Trabajadores de San Pedro (influenciado por los socialistas), que impulsó la primera protesta de estibadores y una huelga de peones de trilladoras.⁸⁰ También en el vecino partido de Pergamino se conforma otro Centro Cosmopolita que agrupa a los carreros. En 1902 la lucha se extiende a otros distritos de la provincia de Buenos Aires (Marotta, 1975:160; Restaino, 1995).

En este contexto, a instancias del partido Socialista, se reunió en agosto de 1902 el Primer Congreso de obreros agrícolas al que concurrieron 12 organizaciones de 10 localidades del norte de la provincia de Buenos Aires y sur de Santa Fe.⁸¹ Se acordaron allí varios reclamos, decidiéndose la conformación de la Federación Regional de los Centros Obreros del Norte y de la Costa de la Provincia de Buenos Aires y del Sur de Santa Fe. Si bien la vida de esta Federación fue efímera, su creación señaló el progreso de una nueva realidad que cobraba fuerza en la pampa a partir del peso creciente de los asalariados en las labores agrícolas.

Ilustrando esta tendencia, hacia 1904 se produjeron nuevos conflictos de obreros rurales. Éstos se desarrollaban en los períodos de cosecha, momento en el cual se concentraba el mayor número de asalariados y existían mejores condiciones para negociar. Sin embargo, estas protestas no podían extenderse demasiado debido a que el lapso de tiempo que había para recolectar los granos era relativamente breve. Así de breve también solía ser la vida de los sindicatos que se conformaban para unificar los reclamos de los braceros y obreros de trilladoras que se desempeñaban en la campaña entre los meses de diciembre y mayo.⁸² Estas dificultades que existían para organizarse revelaban, desde otro ángulo, la dinámica del núcleo de la demanda de trabajo agrícola, caracterizada por la estacionalidad y transitoriedad de la demanda laboral.⁸³

79 La Vanguardia, 7/12/1901, pp. 2-3. Sobre las condiciones de los trabajadores urbanos y rurales en el sur de la provincia ver El Porteño, 27/8/1901, p. 2; El Comercio, Bahía Blanca, 23/10/1902, p. 1.

80 Patroni, Adrián. "Los trabajadores del campo". *La Vanguardia*, 7/12/1901, p. 1.

81 La Vanguardia, 13/9/1902, p. 2; La Vanguardia, 20/9/1902, p. 2. Sobre el programa de los socialistas para el agro ver Adelman, 1989.

82 La Protesta, 24/10/1903, p. 3; Sobre los conflictos en este período ver Ansaldi, 1993; Craviotti, 1993.

83 La Protesta, 24/12/1904, p. 2; La Vanguardia, 9/1/1904, p. 1; La Vanguardia, 9/4/1904, p. 1.

Reflexiones finales

A lo largo del período que estamos revisando, aun con los vaivenes señalados, se puede advertir un marcado crecimiento del número de asalariados rurales en línea con el incremento de las superficies sembradas que se estaba desarrollando en la región pampeana en general y en Buenos Aires en particular. Este fenómeno, articulado con la demanda de obreros para las obras públicas, la construcción, el tendido de vías férreas, los trabajos portuarios, tendió a generalizar una pauta de trabajo donde junto con la mencionada transitoriedad de las ocupaciones se destacó la estrecha integración entre los ámbitos rurales y urbanos, donde los desplazamientos interregionales e intrarregionales se volvieron la tónica dominante. Esta dinámica laboral urbano-rural -que reconocía sus antecedentes en el período del lanar- se fue extendiendo y acentuando entre una buena proporción de la población económicamente activa a favor de que la demanda de fuerza de trabajo industrial, de puestos fijos, no se hallaba todavía suficientemente extendida. De este modo se iba conformando un mercado de trabajo asalariado que para su desarrollo en general dependía en medida creciente del arribo anual de miles de inmigrantes, y en particular requería disponer de una gran masa de oferta transitoria durante los picos de las labores estacionales que marcaban el ritmo de la economía nacional, lo que cristalizaba componentes de una dinámica social donde la tendencia a la proletarianización de buena parte de la fuerza de trabajo se contrarrestaba parcialmente, o en todo caso hallaba una de sus mayores especificidades, en el hecho de que sólo durante unos meses al año los trabajadores tenían medianamente garantizada la venta de su peculiar mercancía.

Bibliografía

- Adelman, Jeremy. "Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la primera guerra mundial". En *Anuario del IEHS*, n° 4, Tandil, 1989.
- Alsina, Juan. *El obrero en la República Argentina*. Buenos Aires, 1905.
- Alsina, Juan. *Población, tierras y producción*. Buenos Aires, 1903.
- Ansaldi, Waldo. "Cosecha Roja". En Waldo Ansaldi (comp.) "Conflictos obreros rurales pampeanos (1900-1937)". Buenos Aires, CEAL, 1993.
- Ascolani, Adrian. "Hacia la formación de un mercado de trabajo rural "nacional". Las migraciones laborales en la región cerealera (1890-1930). En *Revista Res Gesta*, n° 36, 1998

- Azcuy Ameghino, Eduardo. ¿Es eterno? ¿Nació de un repollo? ¿No cho-
rreaba restos e impregnaciones de un pasado diferente? Reflexio-
nes sobre el desarrollo del capitalismo en el agro pampeano. Docu-
mentos del CIEA n° 4, 2009.
- Azcuy Ameghino, Eduardo. *Una historia casi agraria. Hipótesis y proble-
mas para una agenda de investigación sobre los orígenes y desarrollo
del capitalismo en Argentina*. Buenos Aires, Ediciones PIEA, 2011.
- Bialet, Massé, Juan. *Informe sobre el estado de la clase obrera*. Madrid,
Hyspamérica, 1985.
- Blanc Bloquel, Adriana; Bonaudo, Marta; Sonzogni, Elida y Yensina,
Carlos. "Conformación del mercado de trabajo en la provincia de
Santa Fe (1870-1900). Algunas aproximaciones." En *Anuario*, n° 12,
Rosario, 1986-87.
- Campi, Daniel. "Economía y sociedad en las provincias del norte". Lo-
bato, Mirta (dir.). *El progreso, la modernización y sus límites (1880-
1916)*. Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana,
2000.
- Campi, Daniel. "La conformación del Mercado de trabajo en Tucumán
(1800-1870)". *Trabajo y Sociedad*, N° 5, septiembre-diciembre de
2002.
- Caviglia de Villar, Jorgelina María. *Inmigración ultramarina en Bahía
Blanca (1880-1914)*. Buenos Aires, Clasco; Pagani, Clelia, Avale de
Iurman, Nora y Di Gilo, Nora. *Contribución al estudio del impac-
to inmigratorio en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires. La
inmigración italiana 1880-1914*. Seminario de Historia Argentina,
Documento de Trabajo N° 2, Bahía Blanca, 1971.
- Conti, Marcelo. *Cartilla práctica del conductor de máquinas para cosecha*.
Buenos Aires, Universidad Popular de La Boca, 1917.
- Craviotti, Clara. "Mate cocido con galleta a discreción. Los conflictos
obrero-rurales entre 1900-1916". En Waldo Ansaldi (comp.) "Conflic-
tos obreros rurales pampeanos (1900-1937)". Buenos Aires, CEAL,
1993, Tomo I.
- Derieul, Carlos Funes. *Historia del partido y localidad de Coronel Dorrego
en el siglo XIX (1830-1900)*. Coronel Dorrego, Ediciones del autor,
1973.
- Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos
Aires, Sudamericana, 2004.
- Devoto, Fernando. *Historia de los italianos en la Argentina*. Buenos Aires,
Biblos, 2006.

- Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel. *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires, EUDEBA, 1967.
- Hilda Sábato. "Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar 1850-1890". Buenos Aires, Sudamericana, 1989.
- José Panettieri. *El paro forzoso en la Argentina agroexportadora*. Buenos Aires, C.E.A.L., 1988.
- Justo, Juan B. *Programa Socialista del Campo*. Buenos Aires, La Vanguardia, 1915.
- Lallemant, Germán. "Progresos en la Argentina" Artículo publicado en Die neueZeit, tomo I 1898-1899. En *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de artículos de Germán Avé Lallemant*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1974.
- Lattes, Alfredo. "La dinámica de la población rural en la Argentina entre 1870 y 1970". En *Cuadernos del CENEP*, nº 9, Abril 1979.
- Lobato, Mirta. *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Marotta, Sebastián. *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo 1857-1914*. Buenos Aires, Libera, 1975.
- Marx, Carl. *Grundrisse, 1857-1858*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Murmis, Miguel. *Tipos de capitalismo y estructura de clases*. Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1974.
- Nario, Hugo. "Los Crotos". En *Todo es Historia*, nº 158, julio de 1980.
- Ospital, María Silvia. "Empresarios, inmigrantes y mercado de brazos en la Argentina, (1916-1930)". En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Nº 19, 1991.
- Oszlak, Oscar. *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*. Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Panettieri, José. *Las primeras leyes obreras*. Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Panettieri, José. *Los trabajadores*. Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1967.
- Patroni, Adrián. *Los trabajadores en la Argentina*. Buenos Aires, CEAL, 1990.
- Pianetto, Ofelia. "Mercado de trabajo y acción sindical, 1890-1922". En *Desarrollo Económico*, v. 24, nº 94, julio-septiembre 1984.
- Pucciarelli, Alfredo. *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Reguera, Andrea. *Patrón de estancias. Ramón Santamarina: una biografía de fortuna y poder en la pampa*. Buenos Aires, EUDEBA, 2006.

- Restaino, Rafael. Historia del partido de Pergamino. Pergamino, Editorial El Pan de Aquí, 1995.
- Richard-Jorba, Rodolfo. "Transiciones económicas y formación del mercado de trabajo libre en Mendoza. El trabajo rural entre la segunda mitad del siglo XIX y los albores del XX". *V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, 1-3 de agosto de 2001. <http://www.aset.org.ar/congresos/5/aset/PDF/RICHARDRODOLFO.PDF>.
- Rodriguez Molas, Ricardo. *Historia social del gaucho*. Buenos Aires, Maru, 1968; Slatta, Richard. *Los gauchos y el ocaso de la frontera*. Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- Sabato, Hilda y Romero, Luis Alberto. *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*. Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- Sanson, Mariela. "Mercado de trabajo agrícola y el paro estacional en el agro pampeano (1890-1920)". En *Mercado de trabajo y paro forzoso*. Estudios e investigaciones. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, N° 2, Tomo 1, 1990.
- Sartelli, Eduardo. "Ríos de oro y gigantes de acero. Tecnología y clases sociales en la región pampeana". *Razón y Revolución* N° 3, 1997 [reedición electrónica].
- Viel Moreira, Luiz Felipe. *Las experiencias de vida en el mundo del trabajo. Los sectores populares en el interior argentino (Córdoba, 1861-1914)*. Córdoba, Centro de Estudios Históricos "Prof. S. A. Segreti", 2005.
- Volkind, Pablo y Gon Aguirre, Gerardo. "El impacto de la inmigración europea en las actividades económicas rurales: Pergamino a fines del siglo XIX". En de Arce, Alejandra y Mateo, Graciela (comps.). *Migraciones e identidades en el mundo rural*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2013.
- Volkind, Pablo. "Los procesos de trabajo agrícolas en los cultivos de trigo y maíz durante la expansión agroexportadora, 1895-1920". *Documentos del CIEA*, N° 7, Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios (FCE-UBA), 2011.
- Zeberio, Blanca. "Los hombres y las cosas. Cambios y continuidades en los Derechos de propiedad (Argentina, Siglo XIX)". *Quinto Sol*, N° 9-10, 2005/2006.